

mación fué Edmea una verdadera señorita de su rango. La señora de Croix-Mort contempló con estupefacción la hermosa mariposa que salía de aquella fea crisálida, y debió pensar que su hija no era desagradable, y que, aunque un poco torpe todavía, prometía adquirir gracia y encanto. Esto le produjo un secreto despecho. Se había acostumbrado á ser la única señora en el castillo. Y aunque no contase más que con el señor Cura para que le rindiera el homenaje de su admiración, sin embargo, era muy celosa de su soberanía. La triunfante metamorfosis de la niña lo alteraba todo. Y la madre y la hija iban á ser allí un poder contra otro poder. El *negri-lló*, como Billet llamaba al Cura, sería la imagen del pueblo, y en medio de los dos partidos, debía sufrir de rechazo todas las contingencias y consecuencias de la lucha entre madre é hija, entre la señora y la señorita de Croix-Mort.

II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Á los treinta y cinco años, la condesa Regina era todavía hermosa. Su belleza de blanca y rubia se había conservado un poco descolorida en la soledad, como una flor entre las páginas de un libro. Sus largas horas de abandono en sus divanes la habían engruesado algo más de lo conveniente; pero su talle no había dejado de ser esbelto, y sus hombros tenían una amplitud y una redondez soberbias. Era un admirable fruto maduro aquella viuda, que no había sido esposa más que el tiempo preciso para ser madre. Durante las largas conferencias nocturnas con el Cura, amenizadas con interminables monólogos que el sacerdote no interrumpía de otro modo que diciendo respetuosamente: "Sí, señora Condesa,," como decía *Amén* cuando celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, la señora de Croix-Mort filosofaba extensamente sobre la condición de la mujer en la sociedad, sobre el

matrimonio y sobre el amor. El bueno del Cura bajaba algunas veces los ojos con un rubor púdico cuando la Condesa comenzaba á exponer consideraciones sentimentales un poco vivas. Para estas ocasiones usaba una tosecilla discreta, á manera de llamamiento al orden. Oyendo esta señal de alarma, la hermosa Regina, con un suspiro, volvía á engolfarse en doctrinas puramente idealistas, y en este terreno neutro, el clérigo, más tranquilo, manifestábase en comunidad de opiniones con la Condesa.

Un talento más perspicaz que el del buen hombre hubiera pronto comprendido qué secretas amarguras y qué violentos recuerdos contenían las ampliaciones filosóficas de Regina. Negar la pasión, ¿no era confesar que jamás la había conocido, y que esto la desesperaba? Llegada á su edad, sintiendo que la juventud se le iba, la señora de Croix-Mort hacía de necesidad virtud. Inmovil, condenaba el movimiento; pero vagas aspiraciones la perturbaban, y tenía horas febriles en que todas las ternezas que enteras conservaba en sí misma se rebelaban, y después de violentas agitaciones, la dejaban como si fuera á morir, en un estado moral y físico muy doloroso.

La tensión de sus nervios era tal, que parecía se le iban á romper, y la pobre mujer se ahoga-

ba. Permanecía entonces uno ó dos días encerrada, sin bajar de su cuarto; luego reaparecía con los ojos nublados, las mejillas pálidas, el cuerpo lánguido y perezoso, y lo explicaba todo diciendo que había tenido una terrible jaqueca.

Edmea presenciaba sin comprenderlas absolutamente las crisis de su madre. Robusta y sanguínea, se asombraba de que tanto hicieran sufrir los nervios, y de que su madre se retorciese, suspirando horas enteras, tendida en un canapé. Pasaba silenciosa y grave á la habitación de su madre, y le preguntaba por su salud; la Condesa le contestaba con un quejumbroso "Déjame, déjame," y adivinando que era más importuna que agradable, retirábase á un reducido cuarto del piso bajo, donde había establecido su taller de pintura. Muchas veces, bajo la ventana del taller, oía ruido de pesados pasos sobre la grava. Era Juan Billet, que, á pretexto de traer caza al castillo, venía en demanda de una mirada de su señorita. Allí se paraba, y retorciendo entre sus enormes dedos un pedazo de su capotón, decía á la joven, que se asomaba á la ventana:

—¿No damos hoy una vuelta por el campo, señorita? Hay unos faisanes polluelos allá abajo, que acaban de nacer, y que son muy bonitos...

¿Vamos á verlos?... El tiempo no puede ser mejor.

—Otro día, querido Billet... Hoy, ya lo ves, estoy muy ocupada.

Y le saludaba con una sonrisa para consolarle.

—Siempre dice lo mismo la señorita. No sé lo que le han dado en la primera comunión, que desde entonces la señorita ya no es la misma; ya no le gustan los campos, ni los montes, y se pasa el día entero sentada en una silla... Así tiene ese color tan... descolorido en las mejillas y acabará por ponerse mala.

—No, no, estoy muy buena. Mira, Billet, si me quieres complacer, márame unos grajos, que con las plumas azules que tienen en la cola, quiero hacer una pantalla para la chimenea del salón.

—Mañana estarán aquí los grajos, señorita.

Entonces el guarda, más tranquilo, porque se veía unido por los lazos íntimos de la obediencia á la que adoraba, alejábase presuroso. Y de lejos oía Edmea cómo iba el hombre fusilando grajos.

Hacía cuatro años que la señorita de Croix-Mort era ya una persona muy discreta y juiciosa, y su madre, con sus vapores y desvanecimientos, era una persona caprichosa, antojadi-

za y extravagante. El tiempo había pasado por los habitantes del castillo sin modificar su estado físico y moral. Solamente el Cura había cambiado. Se adormilaba ahora á todas horas, sin perjuicio de sus sueñecitos después de comer. La Condesa acababa de entrar en el trigésimo-sexto año de su existencia, y la que antes era la sencillez misma, había cobrado una afición desmedida, en un exceso increíble de coquetería, á los vestidos escotados, á las mangas de tul, que dejaban ver los brazos redondos y mórvidos, y zapatitos abiertos y bajos, que enseñaban el menudo pie. Y todo esto, ¿por quién y para quién? Para un santo varón que era insertible, para Edmea á quien no podía interesar nada de eso. A no ser que fuera para los pajaritos del cielo, ó para el ser ideal que se deslizaba misterioso en los sueños de la hermosa Regina.

En todo el año no se veía en Croix-Mort persona extraña. La Condesa, en los primeros tiempos de su viudez, no había querido visitar á sus vecinos. Éstos eran, por lo demás, personas de edad, muy ceremoniosas y fastidiosas, cuyo trato no hubiera sido agradable. Para los rancios habitantes de La Vieuville y Clairefont, las señoras de Croix-Mort no tenían ninguna importancia. Allá se estaban la madre y la hi-

ja, como dos bellas en el bosque durmiente, no teniendo otro príncipe encantado que el Cura, que no las despertaba, cuando una tarde apareció un carruaje en la larga avenida de tilos que conducía á la verja de la posesión. Al momento se asomó todo el mundo á las ventanas, con el apresuramiento curioso de salvajes que ven venir á lo lejos un buque.

El carruaje era un elegante faetón tirado por un soberbio alazán, guiado por un joven. Éste le hizo describir una curva perfecta sobre la arena del patio, entregó las bridas á su criado, que se había precipitado desde su asiento para sujetar la cabeza del caballo, y avanzando lentamente con aire indeciso, como si tuviese más prisa en salir que en entrar, subió la escalinata y penetró en el vestibulo monumental. Un criado salió á su encuentro; él sacó una tarjeta de su cartera de tafilete, y con voz sonora, le dijo:

—Pregunte Ud. á la señora Condesa si quiere dispensarme la honra de recibirme.

Fué introducido en un pequeño salón de recibimiento, que estaba muy bien decorado, con los muros cubiertos de cordobán, y muebles de peral tallado. Colocado en un marco negro, se veía el retrato de un hombre, todavía joven y elegante, pintado por Salabert. Sobre el marco

estaba esculpido el escudo de los Croix-Mort. El recién venido lo miró todo con indiferencia, y paseándose con impertinente impaciencia, pensaba:

—Me parece que esta buena señora me va á despedir con pocos cumplimientos.

Suspiró, como quien se fastidia, y yendo á la ventana, miró indiferente la terraza. Era un joven muy guapo, rubio, con ojos azules, barba en forma de abanico, vestido con mucha pulcritud, calzado y enguantado como un parisiense. Á primera vista parecía tener treinta años, pero mirándole con alguna atención, se le veían pequeñas arrugas en las sienes, y éstas y las que cuando se sonreía se le notaban junto á la boca, acusaban siete ú ocho años más, disimulados por artificios de *toilette*.

Abriose la puerta, y cesó el joven en su contemplación. Volviose, y se encontró en presencia de la señora de Croix-Mort. Saludó cortemente, con una sonrisa de satisfacción y de sorpresa, al descubrir que la buena señora, como él decía, no era ninguna vieja hosca.

—¿El señor de Ayères?...—preguntó Regina, mirando la tarjeta que tenía en la mano.

—Sí, señora Condesa; vecino de Ud. Vivo á cuatro kilómetros de aquí, en el castillo de *La Vignerie*. Ud. sale poco, y yo, por mi parte,

paso en París las tres cuartas partes del año; por esto no he podido tener hasta ahora la fortuna de hacerme presentar á Ud.

La señora de Croix-Mort miró al guapo Fernando de Ayères con cierta altivez. Aquella frase "la fortuna de hacerme presentar," no había sonado bien en sus oídos. Recordó en aquel momento su educación aristocrática, y se presentó tal cual era diez años antes de haberse retirado á una residencia de provincia. Y con todo el mal humor de una dama á quien se estorba, le dijo:

—¿Tendrá Ud. la bondad de explicarme qué motivo me proporciona esta ocasión de ver á Ud.?

El señor de Ayères no se turbó, y alisándose con la mano su bonita barba rubia, que brillaba como el oro, contestó:

—¡Oh, señora! El motivo es bien insignificante; y crea Ud. que solamente obligado por fuerza mayor—y acentuó jovialmente la frase,—me permito importunar á Ud. con mi presencia. He aquí el hecho. Yo soy muy aficionado á la caza, y mis tierras lindan con las de Ud. Esta mañana me ha ocurrido traspasar involuntariamente los límites de mi propiedad, y he entrado donde realmente no debía entrar. He tirado á un faisán... Al ir á recogerlo, un guarda de us-

ted, emboscado entre la maleza, se ha arrojado sobre mí, me ha arrancado de las manos la caza, y me ha querido formar el correspondiente proceso verbal... Este guarda, que es el ser más grosero que he encontrado en mi vida, no ha querido oír disculpas, y me ha mandado imperiosamente que saliera más que á paso, asegurándome que, si me volvía á encontrar, vería yo lo que era bueno, y de lo que él es capaz... Puede Ud. suponer que no insistí en discutir con semejante bruto... Pero suponiendo yo que las órdenes que da Ud. á ese hombre no son tan severas como lo podrían hacer creer sus maneras de proceder, he tomado la resolución de venir yo mismo á ofrecer á Ud. mi cabeza, y á suplicar que, por esta vez á lo menos, no me haga Ud. ejecutar en la plaza pública.

Reía, hablando así, y enseñaba sus blanquimosos dientes. Un ligero perfume se desprendía de su traje y llegaba hasta Regina, envolviéndola en una atmósfera embriagadora. Sentía cierta dificultad de respirar, como si aquel perfume dulce y sutil la sofocase. Hizo un esfuerzo, y se repuso.

—Sé—dijo—que Billet es intratable, y que vale más no discutir ni reñir con él. Pero crea usted, caballero, que de ninguna manera apruebo que sea brutal é insolente... No se preocu-

pe Ud. del suceso de esta mañana, que no tendrá la menor consecuencia, y sírvase usted excusar las malas formas de un servidor de esta casa, que peca por exceso de adhesión y lealtad.

El bello Fernando saludó graciosamente.

—Doy á Ud. las más sentidas gracias, señora, por la bondad con que me trata. No por eso dejo de confesar que esta mañana he cometido un delito... Permita Ud. que yo mismo me imponga una multa en beneficio de los pobres á quienes Ud. tendrá costumbre de socorrer.

Tomó de su cartera un billete de quinientos francos, y le puso sobre la chimenea con cierta indiferencia, y luego, saludando á Regina, añadió:

—Debo, señora, celebrar la casualidad que me ha hecho cometer la falta, puesto que la consecuencia ha sido la satisfacción y el placer de conocer á Ud.

Esta vez la Condesa no protestó; Fernando la miró fijamente, y dió un paso para salir. Pero en el mismo instante se abrió la puerta, y Edmea entró apresurada, diciendo:

—Madre mía, ahí está Billet, que quiere que le oiga Ud.

Al ver un extraño, quedó confusa un mo-

mento, y ruborosa, é hizo un movimiento como para excusar su aturdimiento.

—La señorita de Croix-Mort, mi hija,—dijo la Condesa ceremoniosamente á Fernando.

Y luego, cambiando de tono, añadió:

—Es el guarda, que viene sin duda á pedir mi venia para procesar á Ud.

—Pues á tiempo he venido; si él hubiese llegado antes, la hubiera prevenido á Ud. contra mí.

Salieron los tres, y en el vestibulo encontraron á Juan, que esperaba con su escopeta colgada á la espalda, y el perro echado delante de la puerta. Quedó estupefacto y con los ojos fijos, viendo al delincuente en compañía de las señoras y dándose aires de confianza. Dejó oír un sordo gruñido, y levantaudo los hombros, hizo un movimiento como de jabalí cogido en el lazo.

—Ya veo, señora Condesa, que sabe usted á lo que vengo—dijo con el tono más desabrido que usaba el hombre.—Esta mañana cogí á este señor en los Bosques-quemados...

—Sí, y parece que estuvo Ud. muy grosero—interrumpió Regina...—Abusa Ud. de una manera singular de las facultades que le he dado, y espero que en lo sucesivo tendrá Ud. mejores maneras... Y este caballero cazará donde y cuan-

do quiera en nuestra propiedad, y espero que nadie se atreva á impedirselo.

—Señora Condesa, estoy confundido, y no sé cómo expresar á Ud. mi agradecimiento,— se apresuró á decir el hermoso Fernando.

—No es un gran favor el que hago á Ud., caballero. Aquí somos mujeres solas, y nadie disfruta el placer de la caza... Ud. nos enviará alguna cuando quiera.

El elegante se deshizo en nuevos cumplimientos, y, despidiéndose, montó en su faetón, puso el caballo al trote, y partió:

Juan Billet, inmóvil en el mismo sitio, le seguía con la vista. Fué preciso que Edmea le hablase para que volviera de su asombro y recordase dónde se hallaba. Dirigió á la Condesa una mirada de reconvención, hizo un movimiento de hombros, silbó llamando al perro, y sin decir una palabra se alejó.

—Madre mía—dijo Edmea,—me parece que el pobre Billet se va muy enojado...

—¡Es una desgracia!—exclamó la Condesa con ironía.—Es un abominable animal. Tenía necesidad de una lección, y no me pesa habérsela dado.

Y, separándose de su hija, fué á encerrarse en su habitación, de la que no salió más que para bajar al comedor. ¿Por qué Billet, cuyos

actos nunca había discutido ni censurado, tenía necesidad de una lección? ¿Por qué no le pesaba habérsela dado, cuando antes de que se presentara el apuesto Fernando no tenía ningún motivo de queja del guarda? ¿Por qué, después de haber recibido al señor de Ayères con un tono un poco agresivo, le despedía con frases tan amistosas? ¿Por qué, aburriéndose la víspera tan grandemente, estaba en aquel momento tan deliciosamente ocupada en soñar, lánguidamente tendida en su *chaiselongue*? Estos eran otros tantos problemas, cuyos términos había propuesto el capricho y la fantasía y que no podían ser resueltos más que por el carácter frívolo y complicado de una mujer.

Edmea, corriendo detrás del guarda Billet, le había alcanzado en el Parque, en el puente de la Divonnette. Le obligó á detenerse, y, disculpando á su madre, procuró calmar al hosco servidor... Pero este no se pudo contener ya, y estalló. Ya no era él quien mandaba en el monte. Cualquiera podía matarle los conejos y las liebres y toda la caza que tan fielmente había sabido defender de los intrusos y de los animales dañinos.

—¡Oh!—decía.—¡Ese sujeto es mi desgracia!

Permaneció silencioso y sombrío unos minutos, apoyado en el parapeto de piedra del

puente, y luego exclamó con un gesto violento

—Nada, nada bueno hay que esperar de semejante hombre... Es uno de esos mozuelos al-mibarados que vuelven locas á las mujeres...

Edmea miró severamente á su amigo.

—Billet, olvidas que aquí no hay más que dos mujeres, mi madre y yo..., y yo—añadió sonriéndose involuntariamente—lo soy tan poco...

En pie, con su vestido claro, destacándose sobre el fondo sombrío de la arboleda, iluminada por un rayo de sol que hacía resaltar la blancura de su frente bajo sus cabellos negros, frescos y sonrosados los labios, y los ojos azules y cándidos, tenía Edmea el encanto incomparable de la juventud en flor. El salvaje de Juan la contempló con religiosa admiración. La miró como la divinidad de aquellos campos, de aquellos bosques, en los que amaba el silencio y la espesura. Fuera de ellos, y sin ella, comprendió que no había para él más en el mundo. Y bajando la cabeza, quedó mudo, con el vago temor de que aquel hombre extraño, que aparecía de improviso y adquiría tal ascendiente en la casa de sus señores, llegase al fin á ser el dueño de Edmea y de sus propiedades.

—Vamos, consuélate—dijo Edmea con más suavidad;—no tendrás muchas pesadumbres

como las de hoy. Nuestro vecino cazará más en su propiedad que en la nuestra.

—Y hará bien;—contestó lacónicamente el guarda.

Y con aire resuelto, poniéndose la escopeta bajo el brazo, atravesó el río y se internó en el soto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO